

Palabras del Sr. D. Martín Santiváñez Vivanco*

El talento máximo de un economista es el de la agudeza. La perspicacia erudita, la profecía ilustrada, el saber, el poder desentrañar los arcanos insondables que nos depara el futuro. Juan Velarde Fuertes, *Amauta* del reino español, ha desarrollado este don, el del visionario, hasta el punto de transformarlo en arte supremo. Velarde ha sido galardonado con todos los premios importantes con que España obsequia a sus mejores intelectuales: el Príncipe de Asturias (1992), el Rey Jaime I de Economía (1996) y el Rey Juan Carlos (2002), entre otros. Y aunque ejerce su *auctoritas* en el Tribunal de Cuentas, la Academia es su elemento. El mundo de Velarde, su verdadero hogar, es el de Jovellanos y Flores de Lemus. El *topus uranus* de unas ideas que terminan expandiéndose en la realidad.

La erudición de Velarde le ha permitido adentrarse, como pocos intelectuales españoles, en el devenir incierto de las sociedades latinoamericanas. Pero su análisis ha ido más allá. Su libro *La economía iberoamericana como drama e ilusión*, presentado este 19 de enero en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de España y publicado en *The Global Law Collection* de la editorial Thomson Reuters Aranzadi, no sólo encarna la obra selecta de uno de los grandes expertos en la economía de todo el continente. También expresa, en quinientas páginas valientes y profundas, el amor sincero, la devoción invencible y el compromiso vital de Juan Velarde con nuestra América.

* Martín Santiváñez Vivanco es Director del *Center for Latin American Studies* de la Fundación Maiestas, y Miembro correspondiente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

La obra de Velarde trasciende la esfera económica, superando los diques de la coyuntura y señalando, con la pasión de un hermano leal, los inmensos dilemas a los que tiene que enfrentarse Iberoamérica en su conjunto. *La economía iberoamericana como drama e ilusión* desmenuza los gigantescos escollos con los que cada país tiene que lidiar si pretende abjurar del círculo vicioso al que una clase política perversa parece habernos condenado. Los que tenemos la suerte de disfrutar de la conversación exquisita de don Juan damos fe de la pronta indignación con que suele reaccionar ante los desvaríos de nuestra economía y las imposuras de nuestros populistas. Para ilustrar su poderosa capacidad de análisis, me viene a la mente la última entrevista que concedió en Lima a la revista *Caretas*, la más importante del Perú. En ella, seis meses antes de la explosión financiera y la crisis global que ahora nos atenaza, el académico predecía, con el virtuosismo de un Nostradamus del mercado, los oscuros abismos a los que ahora nos enfrentamos. Con discernimiento, ciencia y datos certeros, el economista asturiano se internaba en el derrotero tortuoso del porvenir, señalándonos los yerros primitivos a los que nos condena una política demagógica y proteccionista, espectro que amenaza con retornar al palacio incierto de nuestras débiles poliarquías. No estoy solo en la defensa de la capacidad profética de Velarde. Durante la presentación de este libro en la ciudad de Lima, el economista peruano Fritz Du Bois, uno de los más importantes de su generación, resaltó la contundencia de las predicciones de Juan Velarde sobre el conjunto de los mercados latinoamericanos, señalando, fecha a fecha, el cumplimiento de cada vaticinio.

La unión iberoamericana, así me lo enseñó mi maestro Juan Vicente Ugarte del Pino, trasciende los intereses fenicios o el *lobby* de los grandes grupos empresariales. Los capitales españoles pueden o no ser importantes en la región. Sin embargo, lo auténticamente relevante es el lazo espiritual que subyace a cualquier acercamiento de España a sus antiguos reinos americanos.

Es en este sentido en el que el libro de Juan Velarde se convierte en un aporte fundamental para la comprensión del maravilloso Aleph que es nuestro continente. Más que una obra académica incisiva o la recopilación de una serie de premoniciones basadas en una realidad espantosamente dolorosa, *La economía iberoamericana como drama e ilusión* es el poema de un apasionado por lo que Góngora, en sus *Soledades*, llamó el “último Occidente”. Velarde, como tantos españoles de su generación, sufrió en carne propia las consecuencias nefastas de la destrucción del jarrón precioso de la monarquía hispánica. Y, carácter consecuente, ha dedicado su fructífera y ejemplar vida a recomponer los pedacitos dispersos de una historia común que jamás debemos olvidar.

Porque si se apodera de nosotros el demonio del olvido, estaremos condenados a repetir, como en el verso de Cavafis, que “son los esfuerzos nuestros, de los desventurados // son los esfuerzos nuestros como los de los troyanos”. Exis-

tencias pueriles, avocadas al fracaso, en las que nuestros gobernantes se entregan al llanto, al meaculpismo y a la levedad. Hoy que pululan los “expertos” sobre Latinoamérica y los “científicos” sociales que consideran que el mero afán descriptivo basta para desentrañar el *ser* de un continente, es preciso retornar a las fuentes de ese hispanismo funcional que tan bien encarnó la generación de Velarde. Se trata, sin duda, de una auténtica pléyade de gigantes que, en dos orillas distintas del Atlántico, se embarcaron en la aventura de crear, por sobre todas las barreras, una fraternidad intelectual que recogiera lo mejor de nuestra heredad compartida. Una generación, una vida entera. Al drama de la separación se le opuso, como nunca antes, la ilusión del reencuentro ilustrado. Si el proyecto iberoamericano cuaja en una realidad política eficaz, si la unión económica rinde, por fin, frutos de equidad y riqueza, será gracias a hombres como Juan Velarde, iberoamericanos que no dudaron en dedicar lo mejor de sí a mantener, por encima del tiempo y el espacio, esa unión eterna —*utraque unum*— con la que hemos sido bendecidos. Es justo homenajearlos, difundirlos, aplaudirlos en vida. Hispanoamérica existe, en el corazón y en la sangre. Y mientras el espíritu de los grandes maestros flote en el aire, el sol de nuestro destino común jamás se apagará.

